

1

El precio de la corona

Terrible fue la sucesión de sacudidas y temblores originados por aquel encarnizado combate cuando el hijo de Pedro Leoni se levantó en el norte contra Inocencio, a quien Dios tenga en su gloria... En realidad, parece como si en su caída hubiera arrastrado consigo algunos de los astros del firmamento.

Juan de Salisbury
Policraticus, VIII, XXIII

Roger de Hauteville fue coronado rey de Sicilia en la catedral de Palermo el día de Navidad de 1130. Habían pasado ciento trece años desde que las primeras partidas de jóvenes aventureros normandos cabalgaron hacia la Italia del sur, supuestamente respondiendo a una llamada de socorro que un nacionalista lombardo había lanzado desde la cueva del arcángel san Miguel en el monte Gargano, aunque su verdadera inspiración fue la búsqueda de fortuna y gloria. Habían pasado sesenta y nueve años desde que el ejército de Roberto Guiscardo, duque de Apulia y tío de Roger, desembarcara por vez primera en suelo siciliano. Su progreso, hay que reconocerlo, había sido relativamente lento: durante esa misma época, Guillermo el Conquistador había tardado solo unas semanas en adueñarse de Inglaterra. Pero mientras Guillermo afrontaba la ocupación de un país ordenado, centralizado y con profundas influencias normandas, Roberto y sus compatriotas tuvieron que lidiar con la anarquía de una Italia meridional desgarrada por las reivindicaciones contrapuestas de un papado, dos imperios, tres razas y un sinfín de principados, ducados y pequeñas baronías en mudanza perpetua; y la de una Sicilia que langui-

decía desde hacía dos siglos bajo el dominio sarraceno, donde la minoría cristiana griega solo podía contemplar impotente mientras los codiciosos emires se disputaban, incansables, el poder.

Poco a poco, el caos se había ido mitigando. Roger I, Gran Conde de Sicilia y padre de Roger, pasó los últimos treinta años de su vida unificando la isla y sus gentes. Poseedor de una percepción inaudita para la época, no tardó en darse cuenta de que la única baza del éxito era la integración. No existiría una ciudadanía de segunda clase en Sicilia: a todos —fuesen normandos o italianos, lombardos, griegos o sarracenos— les sería asignado un papel en el nuevo Estado. El latín y el francés normando serían lenguas oficiales, al igual que el árabe y el griego. Roger nombró a un griego emir de Palermo, título hermoso y sonoro que le pareció bien conservar, y encargó a otro griego el mando de una armada que estaba creciendo a ojos vista. La gestión del Tesoro y de la Casa de la Moneda fue confiada a los sarracenos, y en el ejército se crearon unas brigadas sarracenas específicas que pronto se forjaron una reputación de lealtad y disciplina que duraría más de un siglo. Las mezquitas siguieron congregando a tantos fieles como antes, y por toda la isla se fueron construyendo cada vez más iglesias y monasterios cristianos —tanto latinos como griegos— entre los cuales se contaban varias instituciones fundadas por el propio Roger.

Como sucede a menudo, la paz trajo consigo el comercio y, una vez fue rescatado de los corsarios sarracenos, el angosto estrecho volvía a ofrecer seguridad a los marinos. Palermo, Messina, Catania y Siracusa se convirtieron en centros de distribución para los buques que navegaban hacia Constantinopla y los nuevos estados creados por los cruzados en Levante. A su muerte en 1101, el Gran Conde ya había transformado Sicilia en una nación, heterogénea en cuanto a razas, religiones y lenguas, pero unida en su lealtad a su gobernante cristiano y en vías de convertirse en el estado más brillante y próspero no solo del Mediterráneo, sino de toda Europa.

Roger II había continuado esa labor, para la cual estaba preparado con creces. Nacido en el sur, de madre italiana y educado durante su minoría de edad por tutores griegos y árabes, había crecido en el ambiente cosmopolita de tolerancia y respeto mutuo creado por su padre, y comprendía instintivamente el complejo sistema de frenos y equilibrios del que dependía la estabilidad interna de su país. De caballero normando tenía más bien poco,

pues carecía de los atributos bélicos que habían cubierto de gloria a su padre y a sus tíos, atributos que, en una generación, habían hecho famoso el apellido de un humilde barón normando en todo el continente. Sin embargo, entre todos los hermanos Hauteville, solamente uno —su padre— se había convertido en hombre de estado. Los demás, incluso el inigualable y genial Roberto Guiscardo, fueron hombres de acción hasta el fin. Roger II rompió con esa dinámica. La guerra le desagradaba y, salvo por un par de expediciones desafortunadas durante su juventud en las que no participó de forma directa, la había obviado siempre que había podido. Hombre del sur por nacimiento, aunque oriental por disposición, había heredado de sus antepasados normandos su energía y ambición; estas cualidades, aunadas a su natural talento para la diplomacia —mucho más que sus iniciativas en el campo de batalla— le permitieron adjudicarse finalmente los ducados de Apulia y Calabria, y, de paso, convertir el sur en un territorio unificado por primera vez desde la época del Guiscardo.

Al rayar el alba del 22 de agosto de 1128, en un puente sobre el Sabato, próximo a las murallas de Benevento, Roger se arrodillaba para recibir la investidura de su triple ducado de manos del papa Honorio II. Se puso en pie convertido en uno de los gobernantes más poderosos de Europa. Solo le quedaba alcanzar un objetivo antes de poder tratar como a sus iguales a los demás príncipes extranjeros o de imponer su autoridad a sus nuevos vasallos de la Italia del sur. Ese objetivo era una corona, y solo tardaría dos años en obtenerla. La muerte del papa Honorio a comienzos de 1130 había suscitado una disputa por la sucesión papal, en el curso de la cual dos candidatos rivales al trono de San Pedro fueron elegidos simultáneamente. Ya hemos narrado el episodio de las dos elecciones* y no hace falta detallarlo de nuevo; basta decir que ambas fueron muy irregulares y que ahora, como entonces, resulta peliagudo juzgar cuál de los protagonistas tenía más derecho. El que tomó el nombre de Inocencio II obtuvo rápidamente el apoyo de casi toda Europa, mientras que su contrincante Anacleto II Pierleoni, dueño de Roma y poco más, hizo lo que tantos de sus predecesores en momentos de crisis: recurrir a los normandos. Así se fraguó la alianza. Roger prometió su apoyo a Anacleto y, a cambio, se

* *Los normandos en Sicilia*, cap. 23, pág. 366.

convirtió en rey —siempre bajo soberanía papal— del tercer reino más importante en Europa.

A corto plazo, Anacleto sacó aún más partido del acuerdo que Roger. La posición del primero, en principio, debería haber sido de relativa fuerza. Su elección, pese a las irregularidades, no fue menos canónica que la de su adversario, y reflejaba, en efecto, la voluntad de la mayoría de la Curia. De haberse convocado una votación libre de cardenales, Anacleto habría ganado cómodamente, y, de hecho, veintiuno de ellos lo aclamaron como papa. Su piedad era universalmente reconocida, y su energía y capacidad quedaban fuera de toda duda. Roma le era abrumadoramente leal. ¿Cómo explicarse entonces que, solo cuatro meses después de la huida forzosa de Inocencio, Anacleto viera menoscabada su autoridad?

Posiblemente, el propio Anacleto tuvo parte de culpa. Aunque el desprestigio que ha sufrido desde entonces impide que nos formemos un perfil objetivo de su carácter, está claro que era un hombre ambicioso que mostraba una falta total de escrúpulos cuando se trataba de lograr sus objetivos. Pese a su historial reformista, no dudó en emplear la inmensa fortuna familiar para procurarse avales entre la aristocracia y el pueblo de Roma. Aunque fuera simplemente tan corrupto como los demás, sus enemigos difundían continuos rumores acerca de sobornos protagonizados por él, y engrosaban estos con sabrosos pormenores de su expolio de las propiedades eclesiásticas una vez que Roma estuvo en sus manos; a estas historias prestaban oído todos aquellos italianos del norte y todos los extranjeros aún no ensordecidos por el manantial de oro Pierleoni. De manera paradójica, su posesión *de facto* de la Ciudad Santa fue un obstáculo añadido, pues lo inmovilizaba en el Letrán mientras Inocencio se paseaba a sus anchas ganándose adeptos por toda Europa. Sin embargo, estas eran consideraciones baladíes en comparación con un elemento negativo más grave que todos los demás juntos, y destinado a poner punto final a todos los anhelos y pretensiones de Anacleto. Ese elemento era san Bernardo de Claraval.

San Bernardo era, a sus cuarenta años, la fuerza espiritual más poderosa de la Europa de su tiempo. Sin embargo, para el observador de este siglo, a buen recaudo del extraordinario magnetismo personal con el que el abad dominaba espontáneamente a todos aquellos con los que entraba en contacto, no resulta una fi-

gura seductora. Alto y demacrado, los rasgos alterados por el dolor constante, consecuencia de una vida de ascetismo exagerado, se veía consumido por un ardiente celo religioso que no admitía ni tolerancia ni moderación. Su vida pública había empezado en 1115 cuando el abad del Císter, el inglés Esteban Harding, lo eximió de la disciplina monástica al enviarlo a fundar un monasterio de la orden en Claraval (Champaña). A partir de ese momento, y casi contra su voluntad, su influencia se había ido extendiendo, y durante los últimos veinticinco años de su vida viajó sin descanso mientras predicaba, exhortaba, razonaba, debatía, escribía cuantiosas cartas y se lanzaba compulsivamente a dar su opinión sobre toda controversia en la que considerase que los principios básicos del cristianismo estaban en juego.

El cisma papal es un ejemplo que hace al caso. Bernardo anunció que respaldaba sin reservas a Inocencio, y a partir de ese instante la suerte estuvo echada. Sus razones, como siempre, dependían de sus afectos. El cardenal Aimeri, canciller pontificio, cuyas intrigas a favor de Inocencio originaron la disputa, era buen amigo de Bernardo. Anacleto, para colmo, era producto de Cluny —monasterio que Bernardo aborrecía porque, a su entender, había traicionado los ideales reformistas con los que fue fundado, y había cedido a la tentación de aquellas pompas y placeres que precisamente tenía el deber de erradicar—. Peor aún, Anacleto tenía antecedentes judíos: Bernardo escribiría más tarde al emperador Lotario que «el que un descendiente de judíos se arrogase el trono de San Pedro afrentaba a Cristo». Al parecer, no se había percatado de la ascendencia del propio San Pedro.

Cuando Luis VI el Gordo, rey de Francia, convocó un concilio eclesiástico en Étampes para comunicarle cuál de los dos candidatos debía apoyar, Bernardo estaba preparado para asestar su golpe. Al intuir que un estudio detallado sobre la legitimidad canónica de las elecciones perjudicaría su causa, perseveró en su política de personalidades, lanzándose de inmediato a una campaña de injurias tan efectiva que logró en un santiamén que la concurrencia viera al eminente y universalmente respetado miembro del Sagrado Colegio Cardenalicio como al Anticristo. No existe reseña de lo sucedido en Étampes, pero una carta escrita por el abad en aquellas fechas parece reflejar bien su mensaje.

Los adeptos de Anacleto, escribió, «han hecho un pacto con la Muerte y una componenda con el Infierno... La abominación

asoladora (el Anticristo) se halla en el Lugar Sagrado, y en su empeño por apropiárselo ha profanado el templo de Dios. Persigue a Inocencio y, con él, a todos los inocentes. Inocencio ha huido de su presencia, pues «cuando ruge el león [juega con el nombre Pierleoni] ¿quién no temerá?». Inocencio obedece la palabra del Señor: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra». Ha huido, y con su marcha sufre como los apóstoles y demuestra ser un verdadero apóstol».

Hoy en día es difícil creer que se tomara en serio semejante diatriba teológica, y más aún que tuviera un efecto duradero. Sin embargo, Bernardo se impuso en Étampes, y fue gracias a él que las reivindicaciones de Inocencio II encontraron amparo oficial en Francia. Con Enrique I de Inglaterra todo resultó incluso más fácil. Al principio, él también titubeó —Anacleto había sido legado pontificio en su corte y era amigo personal— pero cuando Bernardo le dedicó una visita en exclusiva para hablar del asunto, su resistencia se tambaleó y colmó a Inocencio de obsequios, rindiéndole homenaje en la catedral de Chartres en enero de 1131.

Quedaba por zanjar la cuestión del Imperio. Lotario de Suplimburgo, rey de Germania, se hallaba en una posición delicada. Este hombre de sesenta años, fuerte, orgulloso y testarudo, había iniciado su carrera como un noble de poco rango; su acceso a la corona en 1125 se debió, sobre todo, a la influencia del partido del papa en estrecha colaboración con el cardenal Aimeri, por lo que era de esperar que Lotario respaldara a Inocencio. Sin embargo, Anacleto acababa de dirigir unas cartas muy cordiales a Lotario y a su reina, así como al clero y a los seglares de Germania y Sajonia, informándoles de que sus hermanos cardenales lo habían elevado a la dignidad suprema del pontificado «con una portentosa y espléndida unanimidad». Acto seguido, Anacleto excomulgó al acérrimo enemigo de Lotario, Conrado de Hohenstaufen, que también aspiraba al trono germano. Lotario sabía que hasta que no se viera coronado emperador en Roma no eliminaría definitivamente a su rival, pero —sin menospreciar el derecho que tuviesen los papas rivales— se resistía a indisponer a aquel que ostentaba la tenencia de la Ciudad Santa. Optó por aplazar la decisión cuanto pudiera y no contestó a las cartas de Anacleto.

Pero pronto se dio cuenta de que no podía demorarse durante mucho tiempo, pues los hechos se sucedían aprisa. El bando de Inocencio se hacía fuerte en Europa occidental después de

recibir un nuevo impulso en Étampes. En otoño de 1130 ya había ganado peso suficiente como para dejar a Lotario sin salida. En octubre, dieciséis obispos germanos reunidos en consejo en Wurtzburgo declararon su apoyo a Inocencio y, a finales de marzo de 1131, este se presentó con todo su séquito en Lieja para recibir el homenaje del rey.

Lotario no podía ir en contra de sus obispos. Además, estaba claro que Inocencio ya era aceptado universalmente como papa. Anacleto gozaba ahora de un único adepto entre todos los príncipes europeos: Roger de Sicilia. Este hecho de por sí le habría costado el favor del emperador en caso de haberlo tenido, pues ¿con qué derecho podía un papa —legítimo o no— coronar a un arribista normando rey de unas tierras que pertenecieran legalmente al Imperio? Después de la coronación de Roger no quedarían dudas en la mente de Lotario: tendría que apostar por Inocencio. Sin embargo, quizá más para salvar su dignidad que por cualquier otro motivo, impuso una condición: que se le restituyera, tanto a él como a sus sucesores, el derecho de investir a obispos con el anillo y el báculo, el cual el Imperio había perdido nueve años atrás.

No había contado con el abad de Claraval. Bernardo había acompañado a Inocencio a Lieja, pues era sumamente eficaz en este tipo de crisis. Se levantó como un basilisco y, ante todos los allí reunidos, espetó al rey una diatriba feroz, conminándole a abjurar en el acto de semejantes pretensiones para rendir pleitesía al papa legítimo. Como siempre, sus palabras —o más bien la fuerza de su personalidad— obraron su efecto. Esta era la primera vez que Lotario se encontraba con Bernardo; seguramente, nunca nadie le habría hablado de ese modo. No le faltaba fibra moral, pero, al parecer, en ese momento supo de forma instintiva que su posición era insostenible. Se rindió ante la evidencia y proclamó su sumisión formal a Inocencio antes de finalizar el consejo, y reafirmó su obediencia con un compromiso que el papa consideraría aún más interesante: el de conducirlo a Roma a la cabeza de un ejército imperial germano.

En el momento de su coronación, Roger estaría al tanto de las tensiones que gravitaban en torno a Anacleto, y también —dado que había unido su suerte a la del antipapa— en torno a su per-

sona. La corona se había convertido para él en una necesidad política, pero había pagado un alto precio por ella al atraer hacia sí la inquina de media Europa. Hasta cierto punto fue inevitable: rara vez se recibe calurosamente a la enérgica y ambiciosa potencia que salta de improviso al escenario internacional, y Roger, después de todo, se había adueñado de una tierra que tanto el Imperio de Occidente como el de Bizancio reivindicaban desde hacía tiempo. Sin embargo, fue poco oportuno que escogiera ese preciso momento para crisar no solo a las potencias terrenales de Europa, sino también a las espirituales —sobre todo cuando a estas las representaban hombres tan influyentes como Bernardo de Claraval y el abad Pedro de Cluny—. En los primeros meses tras la elección, probablemente, habría alcanzado un acuerdo similar con cualquiera de los dos pretendientes al trono pontificio; el futuro se le habría augurado tanto más halagüeño de haber sido Inocencio y no Anacleto el que le solicitara ayuda. Tal y como se habían resuelto los acontecimientos, Roger debía tener la incómoda sensación de haber apostado por el caballo perdedor.

Sin embargo, el Imperio y la Iglesia, siendo adversarios temibles, no eran los únicos enemigos del nuevo rey. Aún más inminentes eran otros tan peligrosos como ellos. Por un lado, estaban los barones —el principal obstáculo para conseguir la paz y la concordia en la península desde hacía más de cuatrocientos años, mucho antes de que se oyera hablar de los Hauteville siquiera—, y, por otro lado, estaban las ciudades. Únicamente en Calabria, donde no existían grandes masas urbanas de importancia, los vecinos aceptaban la autoridad del rey. En la Campania, los núcleos principales gozaban de un menor desarrollo político que sus homólogos en el norte. Allí el renacimiento del comercio, el desgaste imperial y una incipiente industria organizada habían dado lugar a la aparición de aquellas ciudades-Estado independientes, que se dedicaban al comercio, gobernadas democráticamente, y que se convertirían en el rasgo distintivo de la Edad Media en Italia. Sin embargo, también llegaron hasta ellas los vientos del autogobierno colectivo, y las diversas formas en las que este se llevó a la práctica no hicieron sino reflejar la escisión reinante.

En Apulia sucedía algo parecido. Bari se había convertido en un señorío gobernado por los nobles de la ciudad bajo un príncipe constitucional; Troia gozaba de un sistema similar bajo su obispo; Molfetta y Trani eran comunas. No deseaban que los

introdujeran a la fuerza en una monarquía disciplinada y extraordinariamente centralizada, pero pronto se les brindaría la oportunidad de expresar su opinión. Tres años atrás, durante su visita apresurada por los ducados peninsulares, Roger había concedido autorización a alguna de las ciudades por las que pasó para conservar el control de sus murallas y ciudadelas a cambio de su pronta sumisión. El arreglo vino bien en su momento, pero Roger ya no podía permitirse concesiones de esta clase. De ahora en adelante, tendría que mostrar una autoridad absoluta si pretendía que esta tuviera efecto a largo plazo. En febrero de 1131 pidió formalmente a los ciudadanos de Amalfi que le cedieran el control de sus defensas y le entregasen las llaves de su castillo.

Se negaron. Los motivos que expusieron, según los cuales el rey estaría pisoteando los términos del acuerdo de rendición al que habían llegado en 1127, aunque tuvieran un fundamento sólido, para Roger eran irrelevantes, ya que este era un acto de descarada provocación que no debía ser tolerado. Jorge de Antioquía, el más virtuoso de los almirantes sicilianos en el umbral de su carrera, fue enviado con la flota para bloquear la ciudad desde el mar y apoderarse de todos los navíos amalfitanos allí fondeados. Entretanto, otro griego, el emir Juan, se acercó con su ejército desde las montañas a la espalda de la ciudad. Frente a tal demostración de poder, los ciudadanos asediados no pudieron hacer nada. Resistieron durante un tiempo, pero cuando vieron que Capri y todos los reductos circundantes estaban en manos de los sicilianos, no tuvieron más remedio que darse por vencidos.

El duque Sergio VII había seguido los acontecimientos desde Nápoles, a unos cuarenta kilómetros de distancia, con un desasosiego que rápidamente se convertiría en consternación. En un momento dado había barajado el envío de ayuda a Amalfi, pero al enterarse del tamaño del ejército, pronto cambió de parecer. Así, el abad de Telese se vanagloriaba de que la ciudad «conquistada por la espada en contadísimas ocasiones desde la época romana, se sometía ahora a Roger gracias a un mero despacho». * Por fin volvían a manos del rey todos los territorios que Anacleto le había otorgado en septiembre del año anterior.

Durante la travesía de vuelta a Palermo ese verano, Roger y su convoy de tres naves napolitanas fueron sorprendidos por una

* Alejandro Telese, II, XII.

violenta tempestad. Tras dos días durante los que pensaba que podría perecer junto con la tripulación, Roger hizo un voto: si sobrevivían, construiría una catedral dedicada a Cristo el Redentor en el mismo lugar del litoral donde fueran depositados. Al día siguiente —festividad de la Transfiguración— el viento amainó y las naves fondearon apaciblemente en la bahía de Cefalú bajo la inmensa roca que aún domina gran parte de la costa al este de Palermo. En el pasado, la roca había dado cobijo a una pequeña y próspera ciudad, sede de un obispo griego de la época bizantina. Perdió importancia durante la ocupación sarracena, y en 1063 fue saqueada y prácticamente destruida por el Gran Conde. Ahora le tocaba a su hijo reparar el daño. Nada más desembarcar ordenó que se construyera cerca del lugar una capilla en honor a san Jorge, quien se apareció a Roger en una visión en el momento álgido de la tormenta.* Luego, mandó que le trajeran sus varas de medir y se puso a deslindar el lugar donde levantaría su catedral.

Así, al menos, reza la leyenda cuya veracidad es discutida por los estudiosos locales desde hace más de un siglo. Los escépticos argumentan que los historiadores locales no la nombran, ni siquiera el abad de Telese quien, además de ser el biógrafo más complaciente de Roger, sentía predilección por anécdotas de este tipo. Los románticos, por otra parte, insisten en que un documento contemporáneo descubierto en los archivos aragoneses de Barcelona entre 1880 y 1890 deja el asunto zanjado.† Su argumento, aun gozando de consistencia, no es concluyente. Lo único que se sabe con certeza es que el 14 de septiembre de 1131 Cefalú volvía a tener obispo propio —en esta ocasión latino— y que por aquella fecha se había iniciado la obra.

La faz de Sicilia está cambiando a velocidad vertiginosa. Desgraciadamente, para los especuladores y promotores inmobiliarios la isla goza de la misma inmunidad que cualquier otro

* Esta no era la primera vez que san Jorge prestaba apoyo moral a los normandos en momentos de crisis; los lectores de *Los normandos en Sicilia* tal vez recuerden su aparición ante el padre de Roger en la batalla de Cerami en 1063.

† Rosario Salvo di Pietraganzili, «La leggenda della tempesta e il voto del Re Ruggero per la costruzione del Duomo di Cefalù». En *La Sicilia Artistica ed Archaeologica*, vol.II, Palermo, junio-julio, 1888.

lugar de Europa: son numerosos los paisajes idílicos deslucidos por fábricas de cemento o moteles. No obstante, posee dos obras maestras arquitectónicas que, vistas de lejos o de cerca, conservan su capacidad de conmovernos. La primera es el templo griego de Segesta, que, cuando se divisa desde la distancia, debe gran parte de su impronta a la belleza del lugar; lo que nos impresiona es la ubicación del edificio sobre una loma, la relación de esta con respecto a los montes cercanos, la grandiosidad, la soledad y el silencio. De ningún modo deseamos menospreciar el templo, es una maravilla. Sin embargo, casi todos los templos griegos lo son y, además, debemos reconocerlo, se parecen bastante entre ellos.

La segunda obra maestra es Cefalú, y esta sí que es única. Debería ser divisada por primera vez desde la carretera de la costa oeste*, y su situación no desmerece en nada a la de Segesta. Las suaves curvas de un litoral orlado de pinos y chumberas conducen la vista hacia el extremo de la bahía y su tupido revoltijo de tejados. Por encima y detrás de estos se yergue la catedral de Roger que, sin dejar de formar parte integral de la ciudad, domina las casas a sus pies con la misma naturalidad que sus hermanas en Lincoln o Durham. Detrás de la catedral se alza el peñón que da nombre al lugar. Es evidente que los habitantes griegos de antaño lo vieron como una enorme cabeza, pero en realidad se asemeja más a unos grandes hombros —anchos, cuadrados y gigantes— que ofrecen a la ciudad su benévola protección. Ni tan cercana como para resultar amenazante ni tan lejana como para pasar desapercibida, la roca se confunde con la ciudad de tal manera que las dos partes se complementan a la perfección, formando un gran conjunto cuyo punto de unión es la catedral.

Tal es la primera impresión. Sin embargo, al llegar a la plaza central se revela todo el esplendor de Cefalú. Ahora, por segunda vez, aunque por motivos diferentes, quedamos asombrados ante su perfecta ubicación. La inclinación de la roca sobre la que está construida la dispone de soslayo y por encima de la plaza; de este modo, tenemos que aproximarnos —como en el caso del Partenón— desde un lado y desde abajo. Y a medida que nos acercamos, nos damos cuenta de que no solo estamos ante la fachada más hermosa de Sicilia, sino que contemplamos una de las catedrales más hermosas del mundo. La portada que vemos en la ac-

* Véase ilustración n.º 1.

tualidad, junto con sus dos torres —mellizas, no idénticas— y los arcos ciegos entrelazados que las conectan, datan de 1240, un siglo después de la época de Roger. Para entonces, la fusión de los estilos de Oriente y Occidente, tan característica de la primera etapa de la arquitectura sículo-normanda, había desaparecido. Nos queda un perfecto románico cálido del sur, sencillo pero nunca austero.

Esta, al menos, es la impresión desde el exterior. Pero el gran milagro de Cefalú está por llegar. Subamos ahora por la escalinata, pasemos entre los dos sugerentes y cordiales obispos barrocos tallados en piedra, crucemos el patio interior que lleva al pórtico con triple arcada —un añadido del siglo xv, pero no por ello censurable— y entremos en la iglesia propiamente dicha. La primera impresión puede defraudar: el efecto de los esbeltos arcos, cuya silueta señala claramente la cercanía del islam, sobre las dos filas de antiguas columnas romanas casi se pierde bajo la pesada ornamentación de los siglos xvii y xviii. Pero nuestros ojos olvidan enseguida la luminosidad del exterior y se adaptan a la media luz de la catedral; siguen el camino trazado por las columnas hacia el presbiterio y, desde allí, son conducidos hacia arriba, dejando atrás el altar y los santos, los ángeles y arcángeles dispuestos encima de él; y al fin, en el cielo de la concha del gran ábside oriental, se encuentran con los ojos de Cristo.

Él es el Pantocrátor, señor de todo lo creado. La mano derecha se levanta en ademán de bendecir; la izquierda sostiene un libro abierto cuyo texto reza: «Yo soy la luz del mundo». Está escrito en latín y en griego, y así debe ser, pues este mosaico, gloria de la Iglesia romana, es del más puro estilo y factura bizantinos. No se sabe nada acerca del maestro que lo realizó, salvo que vendría de Constantinopla a petición expresa de Roger, y que su genialidad es indiscutible. Creó en Cefalú la imagen más sublime del pantocrátor de todo el arte cristiano, quizás de Cristo en cualquiera de sus representaciones. Solamente existe otro —en Dafni, cerca de Atenas— que pudiera rivalizar con él, aunque es casi imposible que sean más diferentes pese a ser obras casi coetáneas. El Cristo de Dafni es oscuro e inquisitorial, mientras que el de Cefalú, a pesar de su fuerza y majestuosidad, no ha olvidado que vino para redimir. Este Cristo no peca en absoluto de empalagoso; aun así, la misericordia y la compasión se hacen evidentes en el sufrimiento de su mirada, en la amplitud de su abrazo, incluso en los dos mechones sueltos que caen dulcemente sobre su frente. Los teólogos bizantinos instaban a los artistas religiosos a transmitir

la imagen divina cuando representaran a Jesucristo, cometido ímprobo que en esta ocasión se ha cumplido con brillantez.

Su madre, de pie en un plano inferior, está en actitud de oración. La majestuosidad de su hijo, la proximidad de los cuatro arcángeles que la rodean y la brillante luz que entra por la ventana a sus pies hace que pase desapercibida. Es una lástima, pues si la hubieran retratado sola en medio del dorado, como se hizo, por ejemplo, en el ábside de Torcello, sería aclamada como otra obra maestra —los arcángeles, por cierto, están ataviados como emperadores bizantinos, y hasta llevan el orbe y el lábaro imperial—. Aún más abajo, los doce apóstoles, menos estilizados y representados no tan de frente como acostumbra la iconografía oriental, se miran mientras se inclinan en ademán de conversación. Finalmente, a cada lado del coro se disponen dos tronos de mármol blanco adornados con teselas en rojo, verde y oro, uno para el obispo y el otro para el rey.

Aquí se sentaría Roger durante sus postreros años, admirando largamente el esplendor que él mismo mandó crear, pues una inscripción bajo la ventana afirma que todos los mosaicos del ábside fueron completados antes de 1148, seis años antes de su muerte.* Siempre había concebido esta catedral como su ofrenda personal, incluso había hecho construir un palacio en la ciudad para supervisar las obras de cerca.† Sus súbditos no se sorprenderían cuando, en abril de 1145, la designó como su lugar de sepelio, a la vez que dispuso dos sarcófagos de pórfido, uno para acoger sus restos mortales y el otro, según sus propias palabras «a la augusta memoria de mi apellido y a mayor gloria de la Iglesia». La triste historia, de cómo sus deseos fueron ignorados de modo que ahora descansa no en la esplendorosa construcción de su propia factura, sino entre la vacua ostentación de la catedral de Palermo, será objeto de atención en esta obra más adelante. Después de ocho siglos es vano pensar que las autoridades vayan a cambiar de idea, mas resulta difícil visitar Cefalú sin ofrecer en silencio una breve plegaria para rogar que el más excelso de los reyes de Sicilia regrese algún día a reposar en la iglesia que amó, y donde le corresponde estar.

* Los serafines del abovedado y el tramo superior de mosaicos en los paneles del coro con sus inscripciones en latín en lugar de griego son todos posteriores, presumiblemente obra de artistas locales durante el siglo siguiente.

† Se conservan vestigios de este palacio en el llamado Osterio Magno, que hace esquina entre Corso Ruggero y la Via G. Amendola.